

La identidad nacional



Una perspectiva democrática

Muy pocos movimientos políticos actuales —sostenía Sir Isaiah Berlin ya en 1978— serían capaces de triunfar si no estuvieran aliados con alguna forma de sentimiento nacional. Y, ciertamente, algunas fuerzas políticas han comenzado a tomar conciencia (algunas de ellas repentina y sorprendentemente) de la influencia del nacionalismo así como de la importancia de los problemas que éste ha sido capaz de poner sobre el tapete en las últimas décadas.

Roberto Rodríguez Guerra

Sin embargo, en el caso canario, esta toma de conciencia parece más motivada por la influencia (electoral) que el nacionalismo ha cobrado que por la necesidad de abordar los problemas que plantea. Así pues, podríamos estar asistiendo tanto a una oportunista, interesada y unilateral defensa de la identidad nacional y del nacionalismo, como a la recuperación de una ya vieja moral del éxito (utilitaria e instrumentalista) que conduce a abandonar, al menos parcialmente, ideas y fines en pro del éxito electoral. Moral del éxito cuya reciente y más clara expresión consiste en la tesis de que pervive quien gana y, puesto que no podemos ganar solos, hace falta aliarse con otras fuerzas políticas (aunque para ello sea preciso coaligar fuerzas de muy distinto signo político e ideológico).

Acaso por ello (y por muchas otras cuestiones y controversias) sea necesario continuar repensando hoy día la ya famosa cuestión de las identidades nacionales. Y eso es precisamente lo que pretenden las siguientes líneas aunque, eso

sí, con la única intención de aportar un conjunto de reflexiones que quiere contribuir a la inacabada y necesaria tarea de desarrollar una perspectiva democrática y de izquierdas acerca de las identidades nacionales y el nacionalismo.

Quisiera sugerir aquí una caracterización de las identidades nacionales como una forma de identidad colectiva y de integración cultural típicamente moderna, secular, social, dinámica y no-lineal, basada en la existencia de algunas *afinidades electivas* entre los miembros de ciertas colectividades. Afinidades que sirven de fundamento y legitimación de la aspiración a la *soberanía política* de estas comunidades humanas y que han de ser explícita y democráticamente elegidas por los individuos de tal comunidad.

Las identidades nacionales se articulan a partir de la apropiación reflexiva y autoactivadora de las tradiciones, historia, normas, costumbres, etcétera, de la sociedad y cultura de la que cada individuo se siente miembro y participe. Constituyen pues un tipo secular de identidad que se despoja del influjo de las grandes cosmovisiones religiosas y que depende de la autoidentificación consciente y reflexiva con el conjunto de afinidades compartidas con el resto

de los sujetos miembros de tal comunidad. En este sentido, la identidad nacional puede considerarse como un tipo de identidad que establece una relación social entre sujetos que comparten ciertas afinidades culturales, territoriales, etcétera, y que, además, disponen del sentimiento colectivo y la conciencia reflexiva de su propia identidad.

AFINIDADES CULTURALES. Sin embargo, llegados a este punto, he de precisar algunas cuestiones. Nótese, en primer lugar, que he definido la identidad nacional como una relación social basada, entre otras cosas, en la existencia de ciertas *afinidades* culturales, lingüísticas, etcétera, entre sujetos. El término *afinidad*, según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, hace referencia a ciertas *semejanzas* o *relaciones* que podemos establecer entre objetos o personas pero que, sin embargo, son distintos entre sí. Aplicado al problema de las identidades y relaciones sociales y, en concreto, al problema de la identidad nacional, tal término puede servirnos para tratar de dar cuenta de las semejanzas o relaciones que se dan entre sujetos que comparten determinadas características ét-

nicas, económicas, culturales, etcétera, pero que, sin embargo, no son absolutamente idénticos entre sí. Con ello, pueden eludirse las connotaciones de absolutismo y estaticidad que parecen inherentes a ciertas definiciones del concepto de *identidad*. Las identidades nacionales, en contra de la imagen generalizada que de ellas se tiene, no son estáticas y fijas. Por el contrario, tanto las afinidades comunes como la *conciencia* que los sujetos tienen de su propia identidad colectiva, están sujetas a influjos y cambios que tienen como resultado el constituir a las identidades nacionales en un tipo de identidad con un carácter dinámico y no-lineal, expuesta a flujos y reflujos, con una movilidad y variabilidad auspiciada por la incidencia sobre ella de factores disgregadores o unificadores de diverso tipo.

Podemos estar asistiendo a una interesada defensa de la identidad nacional y del nacionalismo, y a la recuperación de una ya vieja moral del éxito en nombre de una supuesta ganancia electoral

Pero, por otra parte, la noción de *afinidad* posee una segunda acepción, derivada de su uso en la física y la química, según la cual constituye cierta *fuerza* que atrae o reúne a distintos objetos para constituir una unidad distinta. Desde esta segunda acepción, y aplicada analógicamente de nuevo al caso de las identidades nacionales, las afinidades compartidas por los sujetos (que varían de unas comunidades a otras y que incluso pueden variar en el interior de una misma comunidad con el paso del tiempo) pueden entenderse como cierta fuerza de cohesión social que hace que los sujetos que comparten tales afinidades se perciban entre sí como miembros de un mismo grupo y tiendan a mantenerse unidos.

Sin embargo, esta segunda acepción de la noción de *afinidad*, por su misma procedencia etimológica, posee ciertas connotaciones que podrían llevar a peligrosos equívocos a la hora de aplicarla al caso de las identidades nacionales. Entre otras cosas, podrían sugerir la idea de que tales afinidades se poseen o son compartidas por los sujetos únicamente en función de su *adscripción de origen*. De esta forma, las afinidades que suponemos como condición necesaria de la identidad nacional serían sólo compartidas por los sujetos que, desde su nacimiento, son miembros o partícipes de una etnia, cultura, historia, etcétera. Estaríamos así ante una concepción étnico-cultural-determinista de la identidad nacional, característica del romanticismo alemán, que nos conduciría a posiciones esencialistas y exclusivistas que, desde mi punto de vista, carecen de explicación empírica y de justificación moral.

Es posible eludir tales implicaciones recurriendo a la noción goethiana de *afinidades electivas*. La noción de *afinidad* hace referencia así a cierta fuerza que hace que ciertas naturalezas o elementos, que tienen determinadas semejanzas o relaciones con

otros, se unan, se aferren, se busquen o se atraigan rápidamente entre sí con el fin de alcanzar unas relaciones que resultan preferidas a otras. Pero a estas atracciones, búsquedas, uniones de nuevo tipo y relaciones preferidas se considera plenamente justificado denominarlas mediante el término de *afinidad electiva* —sostiene Goethe— cuando “se concede a tales elementos una especie de voluntad y conciencia”. Y es este otro aspecto de la noción de *afinidad electiva* que quisiera destacar en adelante en relación a las identidades nacionales.

La emergencia de una identidad nacional exige la existencia de alguna o varias de las afinidades anteriormente señaladas. Ahora bien, éstas no tienen por qué ser siempre (ni exclusivamente) *afinidades de origen* y, por tanto, *no-electivas*. La emergencia de una identidad nacional depende, en última instancia, no de que los sujetos posean originariamente estas o aquellas afinidades sino de la conciencia que, en cada comunidad y momento histórico, tienen los sujetos de tales afinidades y, sobre todo, de la libre voluntad de éstos de identificarse a sí mismos y a los otros como miembros de la misma comunidad a partir de tales afinidades. Quiero decir con ello que la existencia de ciertas afinidades puede dar lugar a la constitución de una identidad nacional. Pero, por un lado, éstas no tienen por qué ser únicamente *afinidades de origen* ni, por otro, tienen que conducir siempre y necesariamente a la constitución de una identidad nacional. Además de la existencia de ciertas afinidades, es preciso que los sujetos de tal comunidad tengan conciencia de ellas y, sobre todo, que hayan elegido de forma consciente, voluntaria, colectiva y democrática convertir dichas afinidades en sus señas de identidad colectiva: no por haber nacido en determinada comunidad humana y haber compartido una misma cultura, tradición, normas, costumbres, etcétera, estamos obligados a identificarnos *sine die* con ellas. Podemos (y debemos) elegir consciente y reflexivamente entre tradiciones, costumbres, etcétera. Sin duda, desde tal perspectiva, la identidad nacional ha de interpretarse como una forma contingente de identidad y definición de los agrupamientos humanos, como respuestas conscientes y voluntarias de los sujetos ante determinadas condiciones y necesidades históricas, políticas, culturales y económicas.

POLIVALENCIA POLÍTICA. No quisiera terminar sin señalar otra importante y problemática característica de la identidad nacional:

su *polivalencia política*. Desde sus mismos orígenes hasta el momento presente la identidad nacional ha sido y es utilizada o defendida por sujetos, organizaciones y movimientos políticos de muy distinto signo ideológico. Y es que la identidad nacional servía y sirve de fundamento para la conformación de un movimiento social y político (el nacionalismo) que, a diferencia del liberalismo, el socialismo y el conservadurismo, no ofrece respuesta a problemas tales como la forma de gobierno (democracia, monarquía, dictadura, república), el modelo económico (capitalista, socialista), las situaciones de opresión y marginación (sexual, generacional). Al contrario, el nacionalismo tan sólo es capaz de ofrecer respuestas (y no necesariamente acertadas) a cuestiones tales como las señas de identidad de los miembros de una comunidad humana, el territorio que debe ocupar, etcétera. Por decirlo con otras palabras: los problemas fundamentales que se plantea son los derivados de la combinación o unidad entre la identidad nacional y la soberanía política de una comunidad, pero no problemas tales como el mercado, la redistribución de la riqueza, las desigualdades sociales internas o la opresión sexual. En todo caso, estas últimas cuestiones son solventadas echando mano de ideas y propuestas de otras ideologías (socialismo, liberalismo, conservadurismo) que atraviesan la identidad nacional, de la misma manera que lo nacional atraviesa todas las ideologías. Y es de ahí de donde surge la polivalencia política del nacionalismo o, para decirlo con otras palabras, los nacionalismos de muy distinto signo ideológico.

En suma, las *señas de identidad* de una comunidad nacional no vienen dadas de una vez y para siempre. Dependen siempre de lo que decidan en cada momento histórico los miembros de esa misma comunidad. Nuestra identidad no es solamente algo con lo que nos hemos encontrado y que tenemos que aceptar para siempre. Es también y a la vez nuestro propio proyecto, algo que tenemos que ir forjando colectiva y democráticamente.

Pero se equivocarían aquellos que creyeran que el nacionalismo es capaz de dar respuesta a todos y cada uno de nuestros problemas. Una verdadera perspectiva democrática y de izquierda necesita atender a tales cuestiones. Pero ha ir más allá del marco de lo nacional y avanzar hacia una distribución equitativa de la riqueza, la eliminación de la miseria y las desigualdades sociales, la liberación de la mujer, etcétera. Algo, esto último, que el nacionalismo, por sí

solo, no puede hacer y que la izquierda difícilmente (por no decir nunca) podrá hacer en compañía de los enemigos más declarados de tales propuestas. Por más que nos pese, es este un reto que parece olvidado por los tan interesados y sorprendentes nuevos padrinos del nacionalismo canario. Acaso convenga recordar a más de uno que no sólo de señas de identidad viven *todos* los canarios. Es preciso avanzar hacia una sociedad más democrática, participativa, justa e igualitaria. Para ello es preciso, aún hoy día, no dejar momentáneamente de lado o quizás abandonar definitivamente (en pro de lo nacional y/o de unos supuestos éxitos electorales) los ideales de igualdad, libertad y solidaridad que la izquierda ha aportado durante tantos años. 

